

**WAGNER
TAMBIÉN MURIÓ
EN VENEZIA**

Roberto Lumbreras

© **Roberto Lumbreras, 2020**
Texto con registro de propiedad intelectual

EDICIÓN:

Prohibida su reproducción total o parcial sin permiso de la editorial Torre de Lis

Fragmento para lectura por cortesía de la Editorial Torre de Lis

www.torredelis.com

REPRESENTACIÓN:

La **Sociedad General de Autores y Editores**: www.sgae.es

gestiona los derechos de representación de esta obra en todo el mundo.

Para cualquier **información previa sobre la disponibilidad de este texto**

pueden dirigirse al autor: roberto@robertolumbreras.com

A Ángeles

Primera parte:

“En el teatro”.

Estreno de una comedia en un viejo teatro de los circuitos comerciales.

En escena, lo que podría ser el último acto de la obra, o bien una comprimida *pièce en un acte*.

PERSONAJES

ÉL

De edad, cincuenta y... un largo etcétera. Los signos de su verdadera edad están en disonancia con su envoltorio “juvenil”.

Es un escritor en declive y un galán en decadencia; aunque ahora está viviendo una postrimera euforia en estas dos facetas, gracias a un taller literario y los ligues femeninos que le proporciona.

Su matrimonio fue lo que en sus tiempos se llamaría sin ambages “un braguetazo”; sin embargo, en la actualidad ÉL se presenta gozosamente como “recién divorciado”.

ELLA

Es la recién divorciada.

Ha cumplido recientemente los cincuenta, pero parece que no hayan pasado los años para ella: sigue tan guapa, tan ingenua y enamorada como en los lejanos días en que se prometió con ÉL.

Aunque ella no lo dirá, es una gran amante de la literatura, y debe de ser por lo menos catedrática en esta disciplina: sólo así se explica que haya soportado tanto tiempo el lado privado de ese escritor.

En la indumentaria de ELLA no hay nada que rechine, ya vista clásico o casual; pero, eso sí, siempre “de marca”.

MAIKA

Su edad ronda la treintena.

Hace honor al célebre adagio de Juvenal: su empuje y seguridad vienen tanto de la insultante lozanía de su cuerpo como de su halo intelectual.

Viste como corresponde a una chica de su edad, con ropa económica pero resultona de franquicias, ropa que lleva entallada.

Luce, al hombro, un bolso tipo “bag”, perfecto para guardar un ordenador portátil o un bloc con apuntes.

Suena como preludio una canción pop alusiva.

Es un atardecer de octubre, en el salón de un apartamento de alto standing, situado en el centro de una gran capital.

El atrezzo que ocupa la escena puede estar tamizado con forros o filtros, como un celofán de color, para darle un tono o efecto “semireal”.

La escena, como se describe:

FORO, de izquierda a derecha:

- 1.- Puerta del piso.
- 2.- Falsa chimenea francesa sobre la que cuelga un cuadro de formato grande con un retrato de cuerpo entero de ELLA en el esplendor de su belleza.
- 3.- Mueble moderno mixto de salón, cuyo paño de anaqueles está repleto de libros y manuscritos, y cuenta con un módulo de mueble-bar.
- 4.- Escritorio-secreter *vintage* con silla, sobre el que hay varios legajos y manuscritos encuadernados.

IZQUIERDA, de foro a proscenio

- 1.- Hueco del pasillo.
- 2.- Puerta de un cuarto, que está cerrada; de la manilla cuelga un aparatoso cartel con letras bien grandes en que se lee: RECIÉN DIVORCIADOS.
- 3.- Espejo de pie.

DERECHA, de foro a proscenio:

- Tresillo, mesa auxiliar, lámpara de pie.

UNO

Aparece en la escena ÉL. Habla en tono acaramelado por teléfono móvil.

ÉL: Todavía no he colgado y ya te estoy echando de menos. (...) Ya sabes que sí. (...) Te quiero. (...) ¿más alto? (*Más alto.*) ¡Te quiero! (...) ¿Quieres que me oigan todos los vecinos? Pienso quedarme en esta casa. (...) (*Más alto.*) ¡¡Te quieeeeeroooo!! ...

En ese momento, entra ELLA de la calle, avanza en el salón con paso cansino, el cuerpo algo alabeado, y la cabeza mirando al suelo; actitud que al poco corrige irguiendo y relajando el esqueleto. Ve el cartel de la puerta, y después de leerlo le da la vuelta con gesto de fastidio, que de inmediato torna por el de dignidad. Finalmente, echa un vistazo general al salón, e intenta contener las lágrimas.

ELLA: Hola.

ÉL: (*A la interlocutora del teléfono.*) Acaba de llegar mi “ex”. ¡Hasta ahora! (*de nuevo a la interlocutora, en voz baja.*) Te quiero. (*Corta la llamada y se guarda el móvil. A ELLA*) ¡Ah, eres tú! Ya no te esperaba. (*Mira ahora sorprendido el aspecto de ELLA, y hace un gesto de aprobación.*) ¡Vaya!: Un cambio de look para afrontar tu nueva vida, ¿eh? (*Mirándose al espejo y frunciendo el ceño, desaprobando su aspecto.*) Yo también lo haré. Iré a un asesor de imagen. (*Volviéndose a ELLA.*) Tu “serpiente” va a renovar la piel: esta ya está muy vista. (*Transición. Mira la hora.*) Te has retrasado, llegas en mal momento: espero a alguien.

ELLA: Lo siento. Me quedé dormida en el sofá; este tratamiento antidepresivo...

ÉL: No sigas por ahí. No me interesa el tema “fármacos antidepresivos”.

ELLA: Quizás a ella sí: a la chica de los “te quiero”. ¿Por qué tantos gritos? ¿Es que no te cree? ¡Pobre chica! Me da lástima.

ÉL: Pues no debería dártela: tiene la mitad de tu edad, y te dobla en inteligencia.

ELLA: Pues sí que tiene que ser inteligente... Pero de poco le ha de servir; porque tú siempre eres mucho más inteligente que ellas: es tu primera norma. Tendrá que volverse astuta.

Aún así, acabará perdiendo. Y entonces tú le gritarás otras cosas muy distintas a lo que acabas de gritarle.

ÉL: (*Sonriendo, malicioso.*) Y... ¿de la edad no quieres decir algo?

ELLA: Que puede ser tu nieta. (*Volviendo a su fragilidad.*) Olvídalo. Es una frase hecha. No he venido a pelear.

ÉL: Yo tampoco. Estoy aquí para otra cosa. Sólo quiero que me firmes el contrato de arrendamiento del apartamento: he decidido seguir viviendo aquí. (*Mirándola de arriba abajo.*) ¡Pues, a pesar de los fármacos, te ves muy bien!

ELLA: Gracias por el cumplido. Pero no te hacía falta; he venido a firmarte el contrato... y una *entente cordiale*. Aunque sospecho que estás tramando algo que no me va a hacer muy feliz... Porque siempre aborreciste este apartamento, y ahora quieres quedarte a vivir. Es una contradicción demasiado evidente.

ÉL: Tan evidente como tu propósito de conservar este piso... Debí haberlo imaginado cuando acepté tu condición para que me dejaras libre. Una condición envenenada: que no vendiéramos nunca este apartamento; y que no se moviera ni un solo mueble ni enser, (*señala el retrato de ELLA sobre la chimenea.*) incluyendo ese retrato. ¿Y por qué?, me pregunto yo. No, no me digas nada; yo te lo diré. (*ÉL se sirve un güisqui, bebe, pasea por el salón. ELLA se queda sentada en el sofá.*) “La casada casa quiere”, que dice el refrán. Y, por tanto, la descasada, casa no quiere. A no ser que la descasada, o sea, tú, no quiera descasarse del todo..., y entonces se descase a medias.

ELLA: (*Suspirando, resignada.*) ¿Y cómo se descasa una a medias?

ÉL: No te hagas la loca: haciendo exactamente lo que tú has hecho. Allanándote en el divorcio con una sola petición, que yo como una malva te firmé. Una cláusula aparentemente estúpida e inocua: que este apartamento permanezca como un santuario, como si el tiempo se hubiese detenido (*señala el retrato de ELLA.*) como está detenido en ese retrato de tu apogeo.

ELLA: ¿Es esta tu nueva teoría?

ÉL: No es mi teoría. No es una teoría. Es una práctica: tu práctica. Tu plan llevado a cabo con toda la maquinal eficacia de tu mente femenina calculadora y pragmática.

ELLA: ¿Un plan...? ¿Maquinal eficacia...?

ÉL: Veo que tú no has cambiado de táctica. Sigues disimulando. Pero ya no te servirá. Porque si tú lo has urdido muy bien, ¡yo te he descubierto! Yo creía que había ganado la guerra, y resulta que los terrenos conquistados están llenos de tus minas. O, más exactamente,

de una bomba de relojería, que estallará cuando llegue el momento; el estudiado y premeditado momento. Ese momento en el que estarás oteando (*Señala hacia la “cuarta pared” el ventanal que da a la calle.*) desde la atalaya que te has comprado justo enfrente.

ELLA: (*Se lleva las manos a la cara, cansada.*) No sé lo que pretendes. Pero sin duda se trata de venganza.

ÉL: Lo que pretendo lo sabrás más tarde. Ahora estamos en lo que pretendías tú. El porqué de tu chantaje. Está muy claro. ¿Acaso no constituye el apartamento un vínculo que une aún legalmente nuestros nombres? ¿Acaso no propicias con esto algún encuentro? (*Señalando los muebles y objetos de la casa.*) Tus cosas y mis cosas siguen aquí reunidas y unidas: ¿Acaso no hay una intención en esto? Si con el tiempo, yo, por los avatares del destino, en un momento bajo... acosado por las deudas y abandonado por la última de mis mujeres... Si con el tiempo yo tuviera que volver a esta casa: ¿no actuaría este santuario, conservado exactamente en el mismo estado como lo dejamos, como propaganda evocadora de tantos gestos de amor que habías tenido tú por mí en todos sus rincones? Y en ese caso, yo, vencido y necesitado más que nunca de unas palabras comprensivas, ¿no te llamaría para avivar esa chispa de cariño que esta casa habría producido en mí? Porque tú sabes esperar. Sabes que el tiempo juega en contra mía, que cada vez me cuesta más ligar y que mis ligues duran menos. Sabes que soy un escritor en declive, que pronto dejaré de escribir novelas para escribir mis memorias. Sabes que llegará ese día, ese instante, en que me mire en el espejo y mi seguridad se derrumbe definitivamente. Ese momento bajo que sin duda esperas. Porque tú todavía me amas. Eso es por lo que te temo. Eso es lo que te hace peligrosa: ¡No hay nada más peligroso que una mujer que ama!

ELLA se lleva las manos a la cara y comienza a llorar.

Pausa.

ELLA: ¿Qué nos ha pasado, am...migo?

ÉL: Pues simplemente que nuestro amor ha muerto de agotamiento. Por eso nos hemos divorciado.

ELLA: Entonces, ¿no me amabas cuando me decías

ÉL: Sí, pero hace mucho tiempo de eso: acéptalo.

ELLA: Cuando me escribías... cuando me regalabas flores silvestres. Todavía las conservo en tus libros.

ÉL: Ahora marchitas, como el mismo amor.

ELLA: ¿Y en el caso de que sea así...?—

ÉL: Es así.

ELLA: ¿Hay algo malo en mantener la esperanza?

ÉL: ¿La esperanza? ¿Es que no te has enterado, aún? ¡Nos acabamos de divorciar!

ELLA: Eso ya lo sé. Pero a veces... A veces las aguas vuelven a su cauce.

ÉL: ¿“A su cauce”...?

ELLA: Elizabeth Taylor y Richard Burton se divorciaron y se volvieron a casar. *(Se levanta de pronto, coge su móvil y se hace un “selfie” con ÉL, mostrándole el resultado.)* ¿Lo ves?: ¡Hacemos tan buena pareja de divorciados! *(Va al anaquel y coge uno de los libros amarillentos y saca una flor seca.)* ¡Esta casa está tan llena de recuerdos para mí...!

ÉL: *(Quitándole el libro y la flor, y devolviéndolo a su lugar.)* Te engañas, lo idealizas. Tienes idealizada hasta la casa. Cuando esta misma casa es el resumen de un fracaso. Recuerda. Da bien a la moviola. El primer golpe lo recibiste cuando me deshice de la cama de matrimonio, y dormimos en camas separadas.

ELLA: Sí. Fue duro. Tu sueño se alteró con el niño. Estabas harto de que mi roce te despertara.

ÉL: No metas al chico. Estábamos con este apartamento, con la metáfora que tú no has sabido o no has querido ver.

ELLA: ¡Los escritores veis metáforas en todas partes!

ÉL: El segundo golpe lo recibiste cuando dormimos en habitaciones separadas.

ELLA: No debí quejarme de que roncabas.

ÉL: No, haz memoria: te quejabas de que en mis sueños llamaba a otras.

ELLA: Pero fui al psiquiatra para curarme de esos celos absurdos.

ÉL: No eran absurdos: ellas existían, pero tú te negabas a que nuestro matrimonio tuviera esa válvula de escape.

ELLA: ¿“Válvula de escape”? Ah, claro: otra metáfora.

ÉL: Compartirme con otras. Te negaste a compartirme.

ELLA: Mi religión prohíbe la poligamia.

ÉL: El tercer golpe lo recibiste cuando dejé esta casa y me fui a vivir al estudio que hice en el sotechado: Jennifer, Susana, Eva, Jacqueline, Lidia, Leticia... hasta la asistenta, Azucena.

ELLA: *(Con voz trémula.)* Pero... venías a comer a casa.

ÉL: A que me pusieras caras raras, a que removieses mi conciencia con tus miradas lacrimosas, a que me sonsacasas. A que te pidiera perdón.

ELLA: Yo siempre te lo daba. Y no te hacía reproches cuando me encargaba de la casa y de la educación de nuestro hijo, mientras tú escribías una novela tras otra.

ÉL: La psicología está escrita al revés: las mujeres sois más caballerosas que los hombres. Y los hombres somos más volubles que las mujeres. *C'est la vie!*

ELLA: *(Llorando.)* ¡Qué recuerdos me trae esta casa! Aquí sentiste la emoción cuando te sonrió el niño por primera vez, y cuando te llamó por primera vez “papá”.

ÉL: *(Con un leve velo de ternura.)* Sí, eso sí es verdad... Y qué efímero fue todo eso: pronto dejó de llamarme “papá” y pasé a ser “su viejo”.

ELLA: ¿Y eso no es felicidad?

ÉL: ¿Felicidad? ¿En esta jaula de oro, yo feliz? *(Nostálgico.)* Yo era verdaderamente feliz en mi tienda de campaña... Y tuviste que aparecer tú.

ELLA: ¿Y pensabas vivir siempre en una tienda de campaña?

ÉL: No. Pensaba comprar luego una *roulotte*, después un yate, y finalmente un *jet* privado para volar lejos... ¡Pero tú te encargaste de chafarme los planes! *(Entra en la habitación contigua y sale con un tablero en el que está anclada una tienda de campaña biplaza sin levantar; lo sitúa sobre la alfombra y comienza a levantar la tienda.)* Soy un donjuán, un despreciable donjuán. Lo reconozco. Pero tú ya lo sabías, y pensaste ladinamente que me ibas a cambiar. Has jugado y has perdido. Debes aceptar el riesgo y su resultado. En el amor, el hombre es trashumante como los cosacos; fue la mujer la que inventó la casa, el hogar y la fidelidad. *(A ELLA, señalando a la tienda de campaña.)* ¡Qué!: ¿Y esto no te trae recuerdos? Tú también pasaste por ahí. ¿Te acuerdas? Ya habíamos intimado, y entonces decidimos hacer acampada libre. *(Rememorándolo sonriendo.)* ¡Fue una noche muy cerda! Estábamos tú y yo solos en aquella chopera. Un perro salvaje merodeaba por la tienda, y tú no te concentrabas. En medio de la faena, me tocó vestirme y salir a ahuyentarlo. Yo estaba más rabioso que el perro. Antes de que se me abalanzara probó mi estaca y huyó entre aullidos. Mi exhibición de fuerza te había puesto cachonda. Y al poco estabas aullando tú: “¡Ahuuu, ahuuu, ahuuu...!”. *(Se ríe).*

ELLA: Eso es verdad sólo a medias: te sobra la burla... fue más bonito.

ÉL: *(Sin dejar de levantar la tienda.)* ¡Qué tiempos aquellos! Sin ataduras ni preocupaciones. Montaba la tienda, hacía mis ejercicios gimnásticos, leía, me bañaba... y rara era la

noche que alguna guapa campista no se confundía de tienda y se quedaba a pasar la “velada”. (*Transición. ÉL mira el reloj.*) Dentro de unos minutos vas a ver cómo empiezo a profanar tu santuario.

ELLA: ¿Profanar mi santuario?

ÉL: Profanar este apartamento. Pienso tirarme a una alumna por semana. (*Señalando de nuevo la calle.*) Y tú lo verás desde tu atalaya. ¡Acabarás aborreciendo este lugar! Recuerda: ¡Una por semana! Aquí, en medio del salón, y dentro de nuestra vieja tienda, donde la primera vez. Ahora todas las chicas quieren ser escritoras... y yo soy su Henry Miller.

ELLA: ¡Para eso querías el taller literario...!: lo sabía.

ÉL: (*Dando los últimos ajustes a la tienda de campaña.*) Dentro de unos minutos vendrá una preciosa aspirante a novelista de veinticuatro abriles. Un digno ejemplo del adagio de Juvenal: *Mens sana in corpore sano*. Es decir: una mente imaginativa con un cuerpo 10. (*Realiza las acciones que va describiendo.*) Pongo ese disco de *Sonidos del bosque*. Echo ambientador de pino. Enchufo el ventilador... y verás qué brisa campestre se prepara. Luego encenderé el *camping-gas* y pondré la radio... Acuérdate: “Los cuarenta principales” para marcar los ritmos y amortiguar tus aullidos: “¡ahuuu! ¡ahuuu!”. (*Mira el reloj. A ELLA.*) Ahora tendrás que irte, o esconderte rápidamente en tu ex-dormitorio de ex-esposa: mi alumna está a punto de llegar. (*Mirándola: ELLA no muestra intención de irse.*) ¿Entonces te quedas? ¡Oye, no me digas que eres una voyeur! (*Señalando la puerta de la habitación.*) Puedes dejar la puerta entreabierta... Te lo pasarás bien. ¡Ah!, tu consolador sigue escondido en el cajón de la lencería: no se ha cambiado de lugar ni un solo objeto de la casa.

Suena el teléfono móvil de ÉL.

ELLA va a encerrarse en la habitación contigua, humillada.

ÉL contesta el teléfono.

¿Sí? (*Extrañado.*) Encanto, ¿todavía no has salido de casa? (*Serio. Se va al proscenio para que no le oiga ELLA.*) ¿Algún problema? (...) Pues no, no te entiendo (...) (*Estupefacto.*) ¿Muy... rápido? (...) Entonces... ¿Lo que sucedió ayer en mi coche? (...) Ya. (...) (*Fingiendo serenidad.*) Nada, mujer. No tienes que disculparte... Cambio de plan, y ya está. Todavía no había sacado la tienda de campaña. (*Incitante.*) Porque precisamente estaba ocupado en mi última obra: iba a leerte, como primicia, el primer capítulo de mis memorias. (...) (*Claudicando.*) Entendido, no insisto... (*De pronto,*

iluminado.) Sólo una cosa. Oye, ¿esa chica que se acercó a saludarnos en el bar de la hípica...? (...). Una morenita. (...) (*Riendo.*) O morenaza, bueno. ¿No le gustaría escribir? (...) ¿Y por qué no? (...) ¡De ciencias! Claro, por eso no se atrevía a meter baza. ¿Y qué estudia? (...) ¡Ah, bueno, si es de Biológicas, no es tan de ciencias!: digamos que es lo que queda más cerca del humanismo (...) (*Riendo, disimulando.*) Sí, del humanismo del cuerpo humano: eso mismo iba yo a decir... Bueno, ¡pues a ver si nos vemos otro día en la cafetería los tres y me la presentas! (...) ¿Y por qué no? ¡No seas tú como “el perro del hortelano”! (...) Hasta el martes, encanto: ¡La nueva Colette!, ¡sí señor! (*Corta la comunicación. Enfurecido.*) ¡Calienta-pollas! (*Coge la botella de güisqui y se sirve un vaso que apura de dos tragos. Despreciativo.*) ¡“Colette”! ¡Qué más quisiera esa estrecha! (*Consulta el archivo del teléfono móvil, y llama, mientras pasea por la línea de proscenio. No contestan.*) Dónde estarás, Virginita. (*Busca otro número y llama. Contrariado.*) ¡“Buzón de voz”! ¡Voy a ligar con un buzón de voz! (*Espera a la señal.*) Hola, Silvia, soy yo, tu profesor de narrativa. Espero que estés trabajando duro en ese cuento. Estoy ansioso por leerlo. Hasta el martes. Besos. (*Vuelve a hacer otra llamada.*) ¿La señorita Maika? (...) Del Taller Literario Hemingway. (...) ¡Me has reconocido! (...) Sí, ya sé que te diste de baja del taller. Pues precisamente de eso quería hablarte. El caso es que he estado revisando los trabajos del mes pasado y... No sé cómo contártelo, pero, lo cierto es que he vuelto a leer tu novela, y he dejado de escribir la mía. Con esto te lo digo todo. (...) Reconozco que me he equivocado con respecto a tu obra. Lo siento. No sé en lo que estaba pensando entonces para no ver tu pequeña... obra maestra. ¡Es fantástica!, demoledora y a la vez sutil; leve y al mismo tiempo profunda. Llevo días pensando en recuperarte. Era un deber moral para mí decírtelo. (...) Comprendo que te hayas quedado de piedra con esta llamada. (...) Escucha, escucha, escúchame bien, Maika: debes retomar esa vocación. (...) No pierdas el tiempo en encontrar tu manuscrito, ya te digo que tengo mi copia encima de mi escritorio. (...) Sí, lo he leído y releído... ¡Debes venir ya! Escucha Maika... ¿Escuchas?... ¿Maika?... ¿Estás ahí? (...) ¿Que se entrecorta? (...) Maika, ¡te estoy perdiendo! (*Para sí.*) ¡La he perdido! ¡Ha colgado! ¡La muy zorra! (*Busca otro número y llama.*) ¿Vera? (...) ¿Cómo que quién soy yo? No, majo: ¡Quién eres tú! Yo llamo a Vera. Este es su móvil, ¿no? (*Sorprendido.*) (...) ¡Ah! Pues encantado, chaval. Soy su profesor de narrativa, del Taller Literario Hemingway. (...) Gracias, majete. (*Pausa.*) ¡Vera! Pensaba que estarías en casa rematando ese relato maravilloso, y resulta que estás con un don nadie que dice ser tu novio. (...) A mí no me importa, tienes razón.

Pero a ti sí debería importarte. No me gustan las clases *online*, pero me veo en la obligación de darte una. (...) No te preocupes, que será muy breve. Escucha, Vera: primero triunfar, y después follar. No invertir nunca el orden, Vera. De lo contrario, no llegarás lejos. Si satisfaces la pasión no sublimarás; y si no sublimas, no crearás. (...) ¡Lo que pasa es que la verdad duele! (...) Nada más. Ah, sí; una cosa. (*Grave.*) Vera: ¡Que ningún accidente te desvíe del lugar glorioso para el que has sido elegida por el destino! (...) Pues te lo diré más claro, Vera: “¡Exige a ese patán que se ponga el preservativo!”.

DOS

ELLA abre la puerta que deja entornada, sin salir. ÉL apaga el teléfono, que se guarda en el bolsillo del pantalón, se sienta pesadamente en el sofá y piensa con la mirada perdida. Al punto suena el móvil de ÉL, que saca y, felizmente sorprendido al ver el nombre en la pantalla, contesta.

ÉL: ¡Maika! Se cortó la conversación, pero no la relación, por fortuna, ¡pues ahora soy yo tu admirador! (*Finge gravedad.*) Porque se han invertido los roles: ahora eres tú la admirada por mí. (...) No, no exagero. Te lo demostraré sobre el papel; aquí tengo abierto tu manuscrito. Tu obra es... es... ¡fantástica! Y casi perfecta. (...) Sí, casi: sólo le falta la revisión de un capítulo; nada que no se pueda arreglar. Será mi última clase. (...) ¿Estás de camino? ¡Estupendo! Te espero. Y de nuevo mis disculpas y mi enhorabuena. (*Busca entre la montaña de legajos, en un rincón. Desata un fardo, busca el manuscrito, que al fin halla, se lo lleva a la mesa y le echa un vistazo. Mira el reloj. Leyendo, habla en voz alta.*) Vamos a ver dónde coño dejé de leer esta mierda de novela. Aquí está. (*Lee sus notas finales, frunce el ceño y niega con la cabeza.*) Ya te tengo, Maika: Te voy a dar una clase práctica que no vas a olvidar... (*Pícaro.*) Y espero que para mí sea también inolvidable.

ÉL sale por el pasillo y al poco vuelve con una bandeja con unas galletas saladas y unas copas de champán con un botellín de champán en la champanera. Luego levanta los mástiles de la tienda de campaña, y finalmente se atusa ante el espejo.

Llaman por el telefonillo del videoportero. Él lo coge, y con una sonrisa, pulsa la tecla. Al poco llaman a la puerta, que ÉL abre. Entra Maika, que se adentra en el piso con decisión, como si tuviera impaciencia o prisa. ÉL cierra la puerta.

MAIKA: Hola de nuevo, profesor.

ÉL: (*Zalamero.*) “Profesor”... hasta que apareciste tú.

MAIKA: ¿Te he jubilado, entonces?

ÉL: No me jubiles todavía, guapa: los genios no se jubilan nunca, son clásicos, no tienen edad; o, mejor dicho: ganan con la edad. Y en el mundo hay sitio para dos genios.

MAIKA: (*Cauta.*)¿Tú y yo?

ÉL: (*Se acerca, insinuante.*) Exacto. Tú y yo, Maika, somos de la misma pasta, dos almas gemelas; tú y yo somos socios del mismo club.

MAIKA: (*Poniendo distancia, arisca.*) Pues espero que no sea un “puticlub”. (*ÉL le ofrece a Maika una copa, que esta rechaza.*) Vamos al grano.

ÉL: Eso, dejémonos de prólogos.

A una indicación de ÉL, los dos se sientan en el sofá.

ÉL: Tu obra de arte tiene sólo un problema... aunque el problema es central, sí: porque afecta a un capítulo fundamental de la novela. Pero, tranquila, no es nada que no podamos arreglar.

MAIKA: ¿Y bien?... ¿Dónde está el fallo?

ÉL: ¿Recuerdas la primera lección de la primera clase?: el umbral infranqueable de la verosimilitud.

MAIKA: Esa lección está clara. Vete al grano, que tengo prisa.

ÉL: Se trata del acto amoroso que describes. Falla algo. Quiero decir que no hay iniciativa de él y que además él no lleva las riendas... Vamos que todo es demasiado... colaborativo. Además, los preliminares son excesivamente largos; y al final el clímax se hace eterno y por tanto anticlimático, por lo menos para un hombre; y más tratándose del primer encuentro, que en orden a la verosimilitud debería ser un desastre... O como escribí yo mismo, y perdona la autocita: “Noche de bodas: debut de dos actores que no se saben el guión”.

MAIKA: ¡Al grano!

ÉL: El hecho es que ese pasaje hace que tu obra parezca una novela de Rita Mae, y perdón por la comparación. Pero tú, Maika, no escribes para lesbianas. Los protagonistas de tu novela son heterosexuales: Juanjo y Esther. Y sin embargo, en tu historia ese chico no actúa como chico. No, Maika, ese Juanjo no hace el amor como un hombre. En definitiva, que ese acto amoroso no es creíble. Es demasiado evidente que lo ha escrito una mujer a la que le falta observación; o le

falta experiencia para describir con precisión el rápido y a veces “rudo” proceder sexual del varón.

Él se levanta, e indica a MAIKA que lo acompañe hacia la tienda de campaña. MAIKA le sigue resoplando de mala gana.

Me he permitido preparar el atrezzo para una *performance*, porque creo que necesitas una clase práctica: graba en la mente cómo actuaría tu protagonista masculino... En cuanto a tu personaje femenino, deduzco que eres tú misma, Maika, por tanto actúa como lo harías tú. Entremos, pues, en la tienda.

MAIKA: (*Iracunda.*) ¡Y una mierda! ¡Que venga tu mujer a hacer la práctica!

ÉL: (*Sonriendo.*) Vamos, Maika, no te hagas la tonta.

MAIKA: ¿Tonta? Ni un pelo de tonta. Sólo vanidosa. Por eso he picado en tu anzuelo y he venido a tu casa. Pero esto no pasará de aquí. Eres un baboso. Usas el taller como tu picadero; para seducir chicas, chicas tontas, y además con mal gusto... (*Mirándolo de arriba abajo con asco.*) ... Y no me refiero precisamente al gusto literario. ¿Tonta? El tonto eres tú, y el iluso. Yo te calé desde el primer día, macho patético: por eso mandé a la mierda tu taller... A ti sí que te faltaba verosimilitud. ¡Hasta nunca!

Él se pone en medio de la puerta, para impedir que se vaya.

ÉL: Espera. Al menos permíteme el derecho de réplica.

MAIKA: ¡Apártate de mí! Me das asco: apestas a venado viejo.

ÉL: (*Resentido.*) No creo que sea mi edad lo que te dé asco. Lo que te da asco son los hombres, todos los hombres. Porque a ti lo que te va es el “rollo bollo”, ¿verdad? Pero, bueno, no me importa. Soy una mente muy abierta. Si tú no quieres aprender cómo lo hace un tío, quizás quieras enseñarme el amor lésbico, pues yo también tengo una laguna documental sobre el amor lésbico...

MAIKA lo ataca con dos golpes de kárate que lo dejan tirado y quejándose en el suelo. MAIKA sale del piso dando un portazo.

En ese momento ELLA, que ha estado escuchándolo todo, abre un poco más la puerta, y se ve su sombra sin que ÉL la perciba.

ÉL se levanta, no sin dificultad. Se intenta rehacer, se pone ante el espejo, saca un peine del bolso, se tapa la calva de la coronilla, se quita el pañuelo del cuello y mira el bulto de la “papada”, luego la prominencia de la barriga, que contrae y suelta varias veces, y ensaya una pose irresistible. Inicia una frase ingeniosa de flirteo, pero se le traba la lengua dos veces y desiste. Nervioso, saca de la cajetilla el último cigarrillo, que sin darse cuenta se pone en la boca al revés y enciende por la boquilla; al punto repara en ello, y lo tira al suelo, con rabia. Hace un rebujo con la cajetilla, se palpa la chaqueta en busca de tabaco sin suerte, y luego se dirige maquinalmente a la habitación donde está ELLA a pedirle un cigarrillo; pero al punto cambia de intención, se para y da media vuelta.

Pausa en la que se le hace visible en la cara su desplome anímico.

Va hasta la mesa-escritorio, da una patada a la papelera, que se vuelca vertiendo muchos rebujos de sus escritos. Saca del cajón de la mesa una grabadora de mano.

En ese momento, ELLA abre del todo la puerta de la habitación y se coloca en el umbral, asomada al salón, sin que ÉL se dé cuenta de su presencia.

ÉL comienza a grabar mientras se pasea por el proscenio.

“MEMORIAS.

Título provisional:

OCTUBRE Y ALGUNOS NOMBRES DE MUJER.

Memorias de un vividor.

Dedicatoria:

“A Anne-Gisela von Rosenberg. En su corazón –y en su yate– encontré cobijo, el día en que me arrojé, en un desesperado intento de suicidio, ante las hélices de su embarcación, que por fortuna estaba parada y amarrada en Puerto Banús de Marbella, Málaga”...”

El humor sin gracia lo frustra y desespera.

Ja-Ja-Ja... ¡Es patético! ¡Una auténtica mieeerda! (*Apaga la grabadora, que deja en la mesa. Reparando en la presencia de ELLA.*) ¿Estabas escuchando? Anne-Gisela von Rosenberg, no existe: es una licencia poética, un nombre altisonante para dar interés a mi vida gris. Pero tampoco en la forma he estado inspirado. Como ves, estas ideas no valen ni como ejercicio de taller literario. Me han abandonado mis mujeres, y mis metáforas. Soy... un hombre acabado.

Pausa. ÉL continúa con el montaje de la tienda de campaña. Ella se le acerca, lentamente, seductora.

ELLA: “Un hombre acabado”. No suena mal.

ÉL: Suena peor.

ELLA: Pues a mí no. Será la erótica del héroe exhausto, lamiéndose sus heridas. Me gustan los héroes vulnerables, con su talón de Aquiles herido. Me gustan los hombres derrotados. (*Pausa, en la que ELLA da un sorbo del vaso de güisqui de ÉL.*) Yo me quedo con el Napoleón desterrado. Con el Oscar Wilde que escribe en la prisión. Con el Elvis Prestley gordo y decadente de las baladas dulces. Con Jesús de Nazareth, hecho un *eccehomo*, bebiendo vinagre y suplicando al Padre. (*Coge de la biblioteca El mundo de ayer, de Stefan Zweig, y lee.*) “El mundo de ayer”. La obra de un genio derrotado y exiliado, un hombre que por dignidad y por nostalgia se quita la vida con su esposa. Por eso, definitivamente, yo prefiero un hombre acabado.

ÉL: (*Afable.*) Tenía entendido que las mujeres buscáis seguridad, y sólo vais con los triunfadores. Al menos, eso dice la psicología.

ELLA: (*Riendo y moviendo la cabeza, resignada.*) ¡Ay, la dichosa psicología! Eso depende de la clase de mujer. Todas las mujeres no somos inseguras ni putones. Alguna del tipo de esa Anne-Gisela von Rosenberg, se acostaría contigo por salir en la dedicatoria. Yo, en cambio, daría mi vida por compartir tu epitafio.

ÉL: (*Conmovido.*) Eso es muy bonito. A ver si vas a ser tú la escritora...

ELLA: ¿Estás ofreciéndome tu “taller literario”? (*Riendo.*) No nací para escritora. Yo sólo aspiraría a ser musa, y no de cualquier cosa. Sé que ya no serviría para musa de un poema juvenil. Ni siquiera para musa de una novela de autor maduro. Lo tengo asumido. (*Acercándose más a ÉL, mirándole a los ojos con dulzura.*) Pero sí podría ser, sí me gustaría ser... la musa que tú necesitas en este trance de tu vida. La musa de tus memorias. La musa de un escritor agotado: de un maravilloso... “hombre acabado”. (*Transición. Mira la hora.*) ¿Dónde tienes el contrato de arrendamiento? Tengo que firmarlo. Ya llego tarde. He quedado con Luis Allende a ver una película.

ÉL: (*Que deja de levantar la tienda.*) ¿Luis Allende? ¿Y quién es ese Luis que no puede esperar a que dos recién divorciados acaben una conversación trascendente, de forma sosegada y amistosa?

ELLA: ¿Luis? No es la primera vez que te hablo de Luis. El primer día debí de repetirte cien veces su nombre y sus cariñosas actitudes conmigo. Era mi última baza para ponerte celoso. ¿No me digas que es ahora cuando surte efecto? (*Riendo.*) ¿No estarás celoso de Luis?

ÉL: (*Serio.*) No. En todo caso, lo envidio: matizo. Sí, no me mires así. Digamos que, de pronto, envidio su poder de convocatoria con una mujer. No te extrañes: ya has visto que hoy se han puesto todas de acuerdo para darme plantón. Ese momento del que te hablaba, ese momento que temía tanto... Creo que ese momento ha llegado. Estoy... solo. Por primera vez en mi vida estoy solo.

ELLA: ¡Envidia de Luis Allende! ¡Tiene gracia!

ÉL: No te rías. No tiene maldita gracia. Ya te lo he explicado. Sin duda es un síntoma más de que estoy acabado. (*ELLA se sienta sobre la alfombra y su vestido se desliza mostrando buena parte de sus piernas, en las que repara él. A ELLA*)... Y de que tú no lo estás, claro. Es absurdo, e injusto, lo sé, pues ese Luis debe de ser un imbécil al lado mío... Pero reconozco que, en la forma que lo has dicho..., me has tocado en mi orgullo.

ELLA: (*Sonriendo a la ironía.*) ¡No puede ser!... He estado aguantando a ese pesado de Luis Allende durante un año, y ahora... Ahora vienes tú, y me dices que lo envidias... (*Cauta y seria de pronto. A ÉL.*) No juegues conmigo. Yo te estaba hablando en serio.

ÉL: (*Grave.*) Yo también.

Oscuro

TRES

Ha anochecido. El salón está en una penumbra, pues sólo entra la luz de la calle por el ventanal. ÉL ha retomado el montaje de la tienda de campaña, y ELLA se ha sentado en el suelo, a su lado. ÉL detiene la tarea, y se vuelve hacia donde está ELLA, aunque no la mira, y esquiva su mirada por vergüenza.

ÉL: Esta noche necesito urgentemente los cumplidos de una mujer. Necesito que refuercen mi confianza en mi talento y mi apostura. Te advierto de que es puro egoísmo. Nunca me había sentido más solo. Siento como si me hubiesen abandonado todas las mujeres del mundo.

ELLA: Todas..., menos una.

ÉL: Lo que quiero decir es que... necesito urgentemente una admiradora.

ELLA: Y yo soy la primera socia de tu club de fans.

ÉL: Eso es: necesito una incondicional.

ELLA: Entonces..., ¿confiesas que me necesitas?

ÉL: No a una mujer concreta. Necesito cumplidos con generosidad. Necesito un pañuelo, un hombro en el que apoyarme. Y en eso las mujeres sois especialistas...

ELLA: *(Con un repente de enfado.)* Mira, si no eres capaz de reconocer que me necesitas, me voy, y te llamo a una chica de compañía. De veintitantos. Como te gustan a ti. No me mires así: ¿o es que no me crees capaz de hacerte ese regalo de divorciados?

ÉL: Déjate de jovencitas. Desgraciadamente las jovencitas no sirven. Las jovencitas no saben apreciar la sabiduría y mucho menos el talento. Las jovencitas se enamoran de uno con la misma facilidad con que empiezan a leer una novela... y con la misma facilidad que la acaban y cierran el libro, te dicen adiós. Las mujeres jóvenes son inseguras, débiles y profundamente cobardes. Al principio las pone cachondas la idea inconsciente de acostarse con su padre... Pero al final sale el tema de los hijos, sacan la calculadora, y te

tienes que largar llorando de Marienbad. Me refiero al caso Goethe: ¡pobre viejo chocho!

ELLA: Más metáforas.

ÉL: En este caso, un paralelismo.

ELLA: Bueno, figuras retóricas.

ÉL: Poca retórica: la puta verdad.

ELLA: No te castigues. (*Mira la hora.*) Me quedaría para seguir oyendo tus sesudas conclusiones, pero ya llego tarde.

ÉL: (*Con un hilo de voz.*) Muy a mi pesar, tengo que rogarte que no te vayas... Que te quedes un rato más hasta que se me pase esta ansiedad. (*Mira un instante la cara de satisfacción de ELLA*). Nunca me habías visto tragarme así mi orgullo, ¿verdad? Será porque hoy he sentido que he tocado fondo. Y no tengo fuerzas para seguir haciendo el papel del hombre irresistiblemente seguro. Mi instinto de supervivencia me dice que ya no puedo gastar mis pocas energías en esa fortaleza fingida; que debo guardar mis pocos ánimos para gritar auxilio, para decir, a la única mujer que me sigue siendo fiel, que... la necesito.

ELLA se pone de rodillas y comienza a ayudarlo a ajustar los vientos de la tienda de campaña.

ÉL le habla a ELLA, con delicadeza.

...Cuidado con los vientos: no te lastimes.

ELLA: (*Perpleja de pronto. Vehemente.*) Repítelo. Repite esas últimas palabras.

ÉL: (*Con la misma delicadeza.*) Cuidado con los vientos... no te lastimes.

ELLA: (*Conteniendo la emoción, con la mirada perdida.*) Estas... Estas fueron las mismas palabras... (*Volviéndose a ÉL y mirándole fijamente a los ojos.*) Las mismas palabras que me dijiste el primer día que acampamos en el claro de aquella chopera, cuando el perro salvaje: ¡Ahuuuu, ahuuuuu!

ÉL: Lo recuerdo; vívido y nítido como en una película. (*Con una media sonrisa.*) Aquella noche hablamos poco, ¿eh?

ELLA: Nuestros silencios lo decían todo. Silencios, miradas... Y nuestros besos.

Pausa y silencio.

ÉL: Está oscureciendo.

ELLA: Tendrás que encender el *camping-gas*.

ÉL recorre con la mirada todo el ámbito lóbrego del salón. Le tiemblan las manos, suda y respira dificultosamente. Se detiene a respirar profundamente.

ELLA: ¿Te encuentras bien?

ÉL: Sí, tranquila. Demasiado café. Demasiado güisqui. Demasiados acontecimientos. De pronto, tengo miedo a los espejos. Siento como si en un día hubiera envejecido cien años.

ELLA: Oye, si quieres, te puedo invitar a un ansiolítico.

ÉL: No, gracias.

ELLA: ¿Y a medio?: podemos compartirlo.

ÉL: ¿Compartirlo? Tú lo que quieres es que vuelva a engancharme.

ELLA: ¿Por medio ansiolítico?

ÉL: Engancharme a ti; engancharme a seguir compartiéndolo todo contigo. Eres muy lista... y muy seductora, todavía.

(ELLA sonrío, sin disimular el placer por el cumplido.)

ELLA: La que tuvo, retuvo...

ÉL: *(Volviendo a su seriedad y ansiedad.)* Escucha: tengo miedo. Cuando te vayas, me meteré en la tienda. Ha oscurecido, y todos los fantasmas de esta casa se me echan encima. Me están haciendo un nudo en la garganta. Me van a hacer decir lo que no quisiera decir...

Cuando te vayas, no tendré más remedio que meterme en esta vieja tienda. Intentaré dormirme. Espero que el aroma a pino pueda borrar el olor de esta casa, el olor a todos estos años, y pueda conciliar el sueño...

Cuando te vayas, será bueno buscar amparo en la tienda; será... como volver al útero de la madre; a falta de otra mujer, bien vale para obtener cobijo. Intentaré dormir, no pensar, no pensar... Y espero que pase rápido la noche... hasta otro día.

Suena el teléfono móvil de ELLA, que no se inmuta.

ÉL: (A ELLA.) Es tu móvil: será Luis...

ELLA: ... Será. (Sin atender la llamada, que al fin cesa.)

Se va haciendo el oscuro, y suena hasta el final la misma canción que sirvió de prelude, ahora como coda, mientras cae el

TELÓN

Se encienden las luces del teatro, y de nuevo se alza telón y se ilumina la escena.

Aparecen los actores, que mirándose ocupan el proscenio indicando que “esa función” ha terminado.

El público real, desconcertado, acabará aplaudiendo el acto único de esa obra “comprimida”, que ha empezado en medio del asunto y que ha acabado con tres puntos suspensivos; un público consciente de que, como indica el programa de mano y su reloj, falta la mitad de la función, e intuirá (o quizás esté seguro) de que sus aplausos están sirviendo a una suerte de juego meta-teatral. No en vano, y como parte de este juego, se oyen en “off” voces de público llamando al autor (“¡autor!, ¡autor!, ¡autor!...”), pidiendo que salga el dramaturgo a saludar, sumado a los actores y al director, como es costumbre en un estreno absoluto.

En ese momento, el autor (que ha estado sentado en primera fila de la platea con su esposa), y que momentos antes de iniciarse la

*representación estuvo hablado y riendo ostentosamente y con vanidad de autor con autoridades y amigos (y saludó, con recelosa contención, a algún crítico asistente), se levanta atendiendo a los requerimientos del respetable, y sin poder ocultar el azoramiento, sale al pasillo de la platea. El autor tiene todavía una mirada hacia atrás, una mirada hacia su esposa, que permanece sentada y que le hace un gesto de ánimo. Pero él, a su vez le hace un gesto a esta para que lo acompañe. De modo que suben los dos sin demora (nadie puede asegurar lo que pueden continuar los aplausos, aunque los actores, sean expertos en hacer el falso mutis, para provocar la siguiente tanda de ovaciones). Una vez está la pareja en escena se acrecientan o reinician los aplausos hacia ellos, y el autor agradece a los espectadores, inclinando la cabeza hacia todos los lados del teatro, y con su mano en el corazón les muestra su emoción; emoción que torna en sonrisa de disimulo, cuando, por error, el oficial de sala entrega desde la platea a su mujer uno de los ramos de rosas destinada a una actriz, y esta (que es la más joven), lo echa en falta y va a recobrarlo de inmediato, con el consiguiente momento de tensión. Solucionada la incidencia,
cae el*

TELÓN